

# Una mundialización ibérica en el siglo XVII

## La monarquía católica

Elizabeth Burgos

EL PRIMER SENTIMIENTO QUE SURGE AL ENFRENTARNOS con *Les quatre parties du monde-Histoire d'une mondialisation*, de Serge Gruzinski (Éditions de La Martinière, Paris, 2004. 479 pp. ISBN: 2-84675-104-8) es el placer ante su calidad estética, al punto de recordar las cuidadas ediciones de otros tiempos, por su profusión de imágenes y la luminosidad de sus colores. Parecería que el editor hubiese querido rendirle homenaje al empeño de este fiel estudioso de la historia del Nuevo Mundo, pues se puede considerar *Les quatre parties du monde-Histoire d'une mondialisation* como una coronación o síntesis de un trayecto de cuyas etapas ya habíamos tenido las premisas en las obras anteriores de este autor. Pero esta vez, pese a permanecerle fiel a la Nueva España — espacio privilegiado de su deambular por la historia—, la mirada del autor se proyecta a escala mundial. El Nuevo Mundo aparece aquí conectado a una historia-mundo debido al fenómeno de orden planetario que generó la Monarquía Católica en otros escenarios simultáneos y cuyas consecuencias son el objeto, precisamente, de esta obra: los procesos de mestizaje, la occidentalización y la globalización.

La magnitud de esta obra merece que nos detengamos un poco a examinar, aunque sea someramente, la relación poco convencional que Serge Gruzinski mantiene con la historia y señalar que una de las claves de este autor es su desdén por el universalismo etnocentrista, dándole preferencia a la singularidad que posee, sin excepción, toda producción humana, sea cual sea su sello de pertenencia o de origen.

Inclasificable en el panorama académico, Gruzinski no profesa credo alguno, parece serle más fiel a su intuición que a presupuestos teóricos. No obstante, reconoce pistas de inspiración en la obra de ciertos pensadores a los cuales siempre ha expresado su reconocimiento. Los análisis acerca de los procesos de aculturación, del mexicano Gonzalo

Aguirre Beltrán, le abrieron pistas de comprensión esenciales; Georges Devereux y su noción de inconsciente étnico y de inconsciente ideosincrásico, seguramente le indujeron a tomar en cuenta la etérea y sutil presencia de la psiquis en los comportamientos humanos; la «movilización infinita» del filósofo alemán Peter Sloterdijk, y la noción primordial de *connected histories* de Sanjay Subrahmanyam, secundado por la imagen, como soporte nodal, también están presentes en su obra. Serge Gruzinski inaugura un campo investigativo histórico, que no sería extemporáneo calificar de una historia de raíces estéticas, pues lo imperceptible, la levedad de la movilidad y de la psiquis ¿cómo expresarlo de otra manera sino mediante el hecho artístico? Seguramente Gruzinski atisbó en esos autores la familiaridad de su propia búsqueda y su efecto revelador devino un gesto de asimilación creativa por haber reconocido lo que subyacía como intuición. Pero la singularidad que se percibe en su práctica de la historia es un mantenerse en estado de alerta constante para no dejar escapar el eco que excitará sus antenas y poder percibir la fugaz resonancia emitida cuando se operan las conexiones entre unicidades disímiles.

La primera originalidad en la obra de Serge Gruzinski consiste en su audacia para acercarse a las fuentes; para husmear la capacidad de permeabilidad entre visiones diferentes del mundo. Su proceder lo conduce a incurrir también en un proceso de mestizaje al operar la factura de su propia obra, al realizar una aleación de métodos y de fuentes entre los cuales su sensibilidad estética es primordial. Su pensamiento, al igual que en los procesos de mestizaje, se deja sorprender por la irrupción de imágenes y modos de pensar inéditos y el resultado que arroja ese proceso no es una síntesis de lo uno o de lo otro: al igual que en el mestizaje, se va trazando una nueva forma de expresión.

El poder casi mágico que ejerce sobre él la imagen es la esencia del universo de Gruzinski y acompaña toda su obra: tanto que la imagen podría considerarse como la fuente primigenia que le otorga la legitimidad a la historia. El predominio de la imagen vendría a ser el potencial, fuente y símbolo, de la fábrica de la historia. La recreación de imágenes gobierna su intuición, pues su experiencia está atada a la visión, pero también por considerar la imagen como el medio de expresión por excelencia de las representaciones en todas sus acepciones, incluso económicas, pues el comercio del arte fue uno de los medios de intercambio más fructíferos gracias a la dinámica de intercambios surgida entre Europa y los nuevos mundos a partir del siglo XVI; el siglo de la primera mundialización. No es entonces un azar la profusión de imágenes que ilustran las diferentes etapas de su investigación: la imagen como fuente de archivo es una de las peculiaridades sobresalientes de esta obra.

*Les quatre parties du monde- Histoire d'une mondialisation* nos descubre las modificaciones de las representaciones mentales, la revolución en los modos de expresión, los puentes que se construyeron con el trasiego de conocimientos salvando distancias y océanos, los límites impuestos por el poder imperial cuando de lengua y de filosofía se trata. El conjunto de estos fenómenos constituye, lo que, a falta de término más apropiado, el autor define como el surgimiento de un *pensamiento mestizo* a escala planetaria.

Si bien el autor desde su más temprana obra fijó su punto de observación en la Nueva España, desde la *Pensée métisse* (1999) —pues el fenómeno mismo del mestizaje lo requiere— expande el objetivo para explicar las relaciones entre la mundialización y la mezcla generalizada de los diversos estratos que conforman las sociedades humanas. En *Les quatre parties du monde- Histoire d'une mondialisation*, la perspectiva se dilata hasta adquirir los contornos planetarios de la primera mundialización: la que surgió tras la expansión ibérica y que activó una concordancia de tiempos entre Europa, Asia, África, y América, abarcando un espacio planetario que ocupó la configuración que los contemporáneos llamaron Monarquía Católica<sup>1</sup>, por lo que el ángulo de observación es forzosamente «el Mundo» y su propósito en esta obra es decodificar esta primera mundialización, que fue ibérica, y cuyo radio de acción fue global.

Una teoría de la «movilización católica» fue intentada por Tomaso Campanella, quien reflexionó sobre el fenómeno atribuyéndole rasgos mesiánicos y milenaristas. Hoy Gruzinski, inspirado en la noción de las *connected histories* —según el término acuñado por el historiador, especialista de la historia colonial de la India, Sanjay Subrahmanyam, y que autoriza a desdeñar los límites estrechos de las historias nacionales—, realiza el amplio proyecto de una historia que abarca los territorios que configuraron las ambiciones universalistas del cristianismo, respaldado por el expansionismo ibérico, e impulsado por su lucha contra el islam. Conectar las historias significa poder desbloquear o restablecer las conexiones entre la diversidad de mundos y la multiplicidad de sociedades humanas «a la manera de un electricista que vendría a reparar lo que los historiadores han desconectado».

*Les quatre parties du monde* consta de cuatro partes :

La primera transita por la mundialización ibérica pero, en contraste con el ángulo europeo y latinoamericano, Gruzinski coloca su objetivo desde una perspectiva que en Europa sería considerada como lejana, o no considerada del todo. Mientras que el latinoamericano, por su lado, trataría o accedería a adaptarse al ángulo europeo o norteamericano, él sitúa su ángulo de observación en los confines de Occidente. Y no duda en colocarse en el ámbito de la historia inmediata, como comenzó a hacerlo desde *Blade Runner ; La Guerre des images de Christophe Colomb à Blade Runner, 1492-2019* (1990), y en *La Pensée métisse* (1999), donde recurre a la producción cinematográfica como fuente más representativa de la época actual.

Ante el comentario de un célebre filósofo en París sobre que los atentados a las Torres Gemelas no suscitaron en Occidente la reacción masiva que hubiésemos esperado, replica el autor que nada es menos cierto. En Belém do Pará, en los confines del Occidente, él mismo fue testigo de la mayor manifestación jamás realizada contra los atentados de Nueva York. Dos millones de personas participaron en la peregrinación anual en honor a la Virgen de Nazareth, en la que también expresaron su repudio a esos hechos e hicieron ruegos por la paz. «Los arcaísmos de la América Latina, encarnación viviente del mestizaje y de la primera mundialización ocurrida hace varios siglos, son también una manera de pensar el mundo», puntualiza Gruzinski al

considerar como igualmente válida la observación desde un punto de Occidente que no sea ni Europa ni Estados Unidos, pues al incorporar un acontecimiento planetario a una liturgia local, lo local se funde con lo global: son ajustes posibles gracias al proceso del mestizaje y a una manera de mirar la historia como un producto de «historias conectadas» (*connected histories*). Esa visión desde «el otro lado» le permite tomar distancia para hacerse también otra visión de la historia de Europa. Ese «otro lado» serían las piezas que faltaban para armar el rompecabezas europeo. «Por lo que las periferias no son tan periféricas y lo pretendidamente auténtico suele ser un engaño».

Estas escenas que utiliza como elemento evocativo y demostrativo de sus aserciones, realizan las «conexiones» entre los acontecimientos y su simultaneidad planetaria, y éstas por obra suya se convierten en escenas fundacionales: la procesión en Belém do Pará o el papel simbólico de la película *Matrix* en el mecanismo de globalización contemporáneo, como veremos ulteriormente, son algunas de las tantas que aparecen diseminadas en la obra.

Entre «vientos del Este y vientos del Oeste» cabe preguntarse si un indígena puede ser moderno, apunta el autor. En ese descentrar de enfoques, el diario del indígena Chimalpahín, escrito en lengua náhuatl, es ejemplar de la representación que puede hacerse del mundo un indígena cristianizado que mezcla en su prisma de observador varias tradiciones: la amerindia, la de Europa Occidental, la japonesa y hasta la africana. En el papel de cronista de su época que se adjudicó, igual consigna el asesinato del rey Enrique IV de Francia en 1610, la ejecución de los mártires de Nagasaki (1597), que la llegada de una embajada japonesa a México. También se permite disentir de las explicaciones que provienen de su tradición, así como de las europeas cuando considera que son falsas. Si Chimalpahín se informa acerca de acontecimientos que tienen lugar en el otro extremo del Atlántico, es porque tiene conciencia de pertenecer a un mundo que ignora la existencia de fronteras: que ignora tanto las fronteras de México como las de las Indias Occidentales; un mundo que se abre a las cuatro partes del mundo. Desde su ámbito remoto tiene plena conciencia de pertenecer a la Monarquía Católica: un poder planetario integrado por un sistema político que reúne las posesiones de España, que tiene una capital que es Roma y un monarca universal —Felipe II, rey de España, a quien designa como *Cemanahuac Tlahtohuani*, señor universal.

La movilización ibérica hace retroceder los horizontes conocidos, relativiza el saber de los Ancianos y planetariza la Antigüedad. Nada sale indemne de este nivel de confrontación. La China milenaria para los portugueses Garcia da Orta y Gaspar da Cruz o el español González de Mendoza, se singulariza frente a la Grecia antigua o Roma. «¿Puede un indígena ser moderno?», pregunta el autor, quien considera que el diario de Chimalpahín puede ser emblemático de un tipo de modernidad por la doble distancia que antepone en relación a la ignorancia de los ancianos de su cultura y a los errores de los europeos a propósito de las explicaciones de los unos y los otros acerca del eclipse acaecido el 10 de junio de 1611, sobre el cual ambos se equivocaron.

Hombres y mujeres se desplazan de un continente al otro, igualmente libros, obras de arte y mercancías de lujo, con los cuales se van horadando imperceptiblemente los estratos estéticos y anatómicos de aquellos que sirven de baquianos y gracias a los cuales, como por descuido, aparecen los mestizajes. También la circulación de lo espiritual y hasta de lo místico, penetra en ese mismo territorio. A México llegaron los restos de los mártires y también los cuadros pintados en Macao que representan el martirio de Nagasaki: todo ello queda consignado en el diario de Chimalpahín.

La segunda parte, *La cadena de los mundos*, gira en torno a los mundos producto de las conexiones y los desplazamientos de hombres y mujeres a través de la inmensidad de los espacios imperiales. La movilidad y la complejidad del tejido social que va emergiendo de las «vías tortuosas del mestizaje», coincidiendo con la formación de ciudades en donde convergen toda clase de influencias y de procedencias, producto de las relaciones mundiales de la monarquía. Así van configurándose espacios urbanos, intercambio de conocimientos, mestizajes lingüísticos, crisis políticas, rebeliones de los naturales, como el motín de 1624 en México contra la burocracia imperial.

La tercera parte, o *Las cosas del mundo*, pone en escena a los expertos, esas élites mundializadas encargadas de la expansión política, religiosa, científica, económica y artística del proyecto ibérico. Estudiosos y científicos, cosmógrafos e ingenieros encargados de distribuir el conocimiento entre las nuevas poblaciones cristianizadas, al mismo tiempo que son receptivos hacia los conocimientos que los nuevos mundos descubiertos les brindan. Como la encuesta del portugués Gaspar da Cruz en Cantón en 1556 sobre las «cosas de la China». En la misma época, el monje español Bernardino de Sahagún realiza su encuesta sobre las «cosas de la Nueva España». Al mismo tiempo en Goa, el médico García da Orta enriquece su estudio sobre las plantas de aquella región. Alonso de Molina escribe un diccionario castellano/náhuatl, náhuatl/castellano considerado aún hoy como el mejor instrumento en la materia. Como expertos realizan un trabajo de terreno; apasionados por desentrañar conocimientos inéditos que, por supuesto, ponen al servicio de un proyecto político monárquico. Para realizar la conquista espiritual de las poblaciones que se incorporan al imperio, es necesario el conocimiento y familiarizarse con los mundos indígenas, de allí que muchos conocimientos científicos del Nuevo Mundo llegaran a Europa.

La cuarta parte o *La esfera de cristal*: figura metafórica que le permite demostrar que existen territorios en donde el mestizaje no tiene lugar pues existen espacios vedados por el poder imperial. La globalización del corpus teórico y del pensamiento abstracto, sobre los cuales se sustenta el imperio, no admite brechas. Esos conocimientos permanecen protegidos dentro de una campana de cristal, impermeables al contacto con el pensamiento local; refractarios al mestizaje. El corpus teórico y la lengua, procedentes de Europa en América, no admitieron el mestizaje. La planetarización del Renacimiento europeo admitió el uso de ciertas técnicas locales, pero el resultado debe ser impecablemente occidental. Existe un mestizaje de las imágenes en iglesias y conventos, pero el mestizaje se atenúa, o desaparece, ante las exigencias de las

élites urbanas que piden sean aplicadas las convenciones europeas en sus encargos destinados a la ornamentación. La globalización del pensamiento ilustrado bajo la forma del aristotelismo, los grandes principios del razonamiento, las categorías fundamentales, la idea de naturaleza y del alma, la escolástica, impregnan los espíritus y moldean el pensamiento. El pensamiento europeo no considera ningún otro sistema de pensamiento y su fuerza radica, precisamente, en que llegó a reproducirse también fuera de Europa. Una demostración es que en México y en Lima se produce y se exporta filosofía, prueba de que la globalización intelectual no es un fenómeno hecho en Europa; al contrario, es una manera de reafirmar y de demostrar la universalidad del aristotelismo y de la escolástica. De igual manera, las lenguas practicadas por la Monarquía: el latín, el castellano, el italiano, el portugués, son vectores indisociables de la globalización intelectual, y pese a admitir términos indígenas, la estructura de la lengua permanece intacta. Para el autor, la globalización concierne los instrumentos intelectuales, los códigos de comunicación y los medios de expresión. Se distingue de la occidentalización, que es más una empresa de dominación de otros mundos a través de la colonización, de la aculturación y del mestizaje.

En los primeros tiempos de la conquista, la occidentalización precedió a la globalización, pero ambas son simultáneamente puestas a la obra en el seno de la mundialización ibérica, e indisociables la una de la otra, pese a desplegarse en dimensiones diferentes y a escalas distintas. «Globalización y occidentalización son las dos cabezas del águila ibérica». La fundación del colegio de Santa Cruz de Tlatelolco fue una empresa que se inscribía en la dinámica de la occidentalización, destinado a las élites indígenas. En cambio, las universidades, destinadas a los europeos y criollos, se regían por las normas de la globalización intelectual en donde no tenía cabida ningún elemento tomado del mundo americano. La globalización sincroniza diferentes partes del mundo, pero lo hace, difunde el conocimiento en una bola de cristal, sin contacto con las temporalidades locales. Lo que se aparte del modelo globalizado, es enviado a la categoría de exótico o pseudo-primitivo.

Globalización y occidentalización operan de conjunto y comparten los objetivos. Y si se les puede sacar provecho a los híbridos, no se les rechaza: Hollywood puede imponerle a los cineastas asiáticos, que adquiere a precio de oro, reglas para que su producción se adapte o no se disocie de las normas universales establecidas por el imperio.

Las experiencias realizadas por los jesuitas para acercarse al pensamiento chino en el siglo XVII fue uno de los intentos que llegó más lejos en el trasiego y el intercambio intelectual realizado por europeos, que terminó fracasando. Entre otros inconvenientes, se enfrentó a la hostilidad de Roma y al etnocentrismo chino.

En cambio, los frescos de los claustros de México demuestran que los pintores indígenas lograron realizar asociaciones intelectuales de una gran audacia y calidad. Demostraron la realización de un pensamiento mestizo fuera de la esfera de la globalización, en los confines de la occidentalización y de la evangelización; pero fuera de la bola de cristal occidental, no existe mundialización,

por ello esas obras no son reconocidas como parte integrante del acervo artístico de Occidente, y no han sido incorporados a la historia del arte. En ese sentido, la globalización del pensamiento realizado por la península ibérica en América se impuso de manera rotunda.

El libro se cierra con un epílogo que viene a ser la continuidad de la introducción: entre ambos transcurrieron, cual paréntesis, las cuatrocientas páginas que someramente hemos reseñado. La narración que se abre con la escena de la procesión en Belém do Pará, concluye asociando el mesianismo y el milenarismo que se diseminaron en las cuatro partes del mundo durante la Monarquía, con el film *Matrix*, que al igual que la misa que se celebraba cada media hora a cualquier hora del día o de la noche durante el reino de la Monarquía, en donde el sol tampoco se ponía, fue visto el mismo día y a la misma hora simultáneamente en tres continentes. En Estados Unidos, fue proyectado en 3.500 salas el mismo día: y los realizadores optaron por dar la primicia de su presencia, asistiendo a la primera presentación mundial en el Japón.

*Matrix*, pese a integrar algunos rasgos locales como para dar ciertas concesiones al mestizaje, es en el fondo un ardid destinado a transmitir de manera más certera la idea central de la trama: la dependencia que hoy tenemos de las máquinas y la imposibilidad de prescindir de ellas.

La esfera metafísica del aristotelismo del siglo xvi sigue vigente y es tan hermética como las nuevas tecnologías del xxi que avanzan bajo el manto de la mayor modernidad al servicio del mesianismo arcaico, como instrumento de la globalización contemporánea. Quienes más se sirven de las nuevas tecnologías son los «altermundialistas» a los que sin Internet ni teléfonos celulares les sería imposible la realización de esos masivos foros y manifestaciones que organizan en las «cuatro partes» del globo.

*Les quatre parties du monde* es una obra que abre horizontes de investigación inéditos, pues es un aporte que incita al abandono de los márgenes estrechos de las historias nacionales, a ir más allá de la visión del genocidio de los vencidos y de la noción del «Nosotros» y de el «Otro»: nociones que son un producto de la mente de ciertos intelectuales y académicos lanzadores de modas efímeras.

Entre las conclusiones que esta obra nos brinda, debemos puntualizar la idea del mestizaje, que lejos de constituir una configuración simple, se trata de un proceso de honda sutileza y ambivalencia.

Al igual que en el siglo xvi, el ritmo de la mundialización prosigue su marcha inexorable, sometiéndonos a la sincronización de tiempos, de espacios y de historias.

#### NOTAS

1 Hasta 1640, bajo la autoridad de los reyes Felipe II, III y IV estuvieron España y Portugal con sus posesiones de ultramar (desde 1580); reinos tan distantes como Nápoles, Nueva España, Perú, los Países Bajos meridionales, las Américas, de California a Tierra del Fuego, las costas de África occidental, regiones de la India y Japón; ciudades desde Goa a Manila, Salvador de Bahía, Lima, Potosí, Amberes, Madrid y Milán. Un proyecto de hegemonía mundial que se gestó contra un adversario claro y único, el Islam.